

Estado grave del Ilmo. Sr. Camacho.—Se le administran los últimos Sacramentos.— Ejemplos admirables de virtud.

A edad tan avanzada del Ilmo. Sr. Camacho, unida á las muchas enfermedades serias habituales que le aquejaban, nos tenían en constante zozobra, temiendo perder de un momento á otro al anciano Pontífice. No obstante, cierta esperanza, por desgracia infundada, nos mantenía en una especie de tranquilidad con que nos lisonjeábamos de poseer todavía por algún tiempo á nuestro querido Obispo. Así que á todos sorprendió el infausto acontecimiento del Viernes Santo, 17 de abril del año en curso. En la mañana de dicho día, sin que nada lo hiciera temer, S. S. Ilma. tuvo un ataque de congestión cerebral que le hizo caer en tierra sin sentido. En brazos de varias personas que se encontraban en el Palacio Episcopal fué llevado á su lecho, donde se repitió el terrible accidente. A la muerte se puso nuestro Ilmo. Prelado, según el mismo confesó y opinaron sus facultativos los Sres. DD. D. Francisco M. Rivera y D. Alfonso Helguera que, llamados violentamente, se apresuraron á suministrar al ilustre enfermo los auxilios de la ciencia. Fué indispensable que recibiera los últimos sacramentos y se dispusiera para morir.

Entretanto la noticia se extendió con rapidez increíble, y á poco se vió la casa como invadida por multitud de sacerdotes y personas de todas clases sociales, en cuyo semblante se dibujaba cierta expresión de extrañeza y angustia. El Ilmo. y Rmo. Sr. Obispo Coadjutor, ocupado por el momento en los Oficios de la Sta. Iglesia Catedral, apenas concluidos estos, se presentó en la casa

Episcopal, y poco después el M. I. y V. Cabildo Ecco., é inmediatamente se procedió á administrar los sacramentos al venerable moribundo. Al efecto acudió su confesor el M. R. P. Fr. Salvador de los Dolores Argüello, Presidente *in capite* del Convento de la Sta. Cruz, y habiéndole oído en confesión general, se procedió al Sto. Viático. Fué aquel un espectáculo tierno y conmovedor. El Ilmo. Sr. Obispo Coadjutor tenía en sus manos la Sagrada Hostia, y el venerable enfermo, tendido en su lecho, lívido el semblante, repetía con voz robusta la protesta de su fe, que iba leyendo el Sr. Pbro. D. Juan B. Bustos. Presentes se encontraban con velas encendidas en las manos los Sres. Capitulares revestidos de capa pluvial, muchos sacerdotes, varios alumnos del Seminario y no pocos fieles, en número considerable si se atiende á lo imprevisto del caso. La emoción que todos experimentaban se desahogó en sollozos y lágrimas al escuchar la voz entrecortada del venerable Prelado quien, satisfechas las ritualidades, dijo que *expontáneamente pedía perdón á todos los presentes*, si por acaso *les habia ofendido* en algo, lo cual por otra parte no habría sido, añadió, sino en cumplimiento de su deber; que á su vez perdonaba á los que le hubieren agraviado; y por último dió las gracias á los circunstantes porque habían acudido á *despedirse de su Obispo*, recomendándoles que pidieran á Dios perdonara benignamente á aquel *miserable pecador*, ya que su vida había sido una serie de beneficios de Su D. M., á los cuales no había correspondido sino con *ingratitude*.... Ah! no sabemos como ponderar tan sublime humildad. Afortunadamente recogimos las palabras textuales, y en presencia de ellas huelga toda reflexión. Ya para concluir aquel acto tan sensible, se manifestó al Ilmo. Sr. Obispo que las personas que rodeaban su lecho deseaban ardientemente les diera su última bendición pastoral, á lo que accedió gustoso S. S. Ilma. y, pronunciando clara y distintamente la fórmula ritual, extendió su venerable mano y

bendijo á sus hijos que, embargados por dolorosas emociones, no acertaban sino á sollozar.

La pobre cama del Ilmo. Sr. Camacho quedó convertida en sublime cátedra, desde la cual, como maestro consumado, estuvo dando muy altas lecciones de una virtud nada común. Una humildad profundísima, una fortaleza inquebrantable y una resignación á toda prueba, he aquí las virtudes que veremos descolgar entre otras muchas, hasta que esta alma verdaderamente grande traspase los umbrales de la eternidad.

No se crea que el Ilmo. Sr. Camacho, cuyo temple de alma aun en los más terribles trances era notorio, se doblegase ante la proximidad de su fin y en presencia de las augustas y solemnes ceremonias de que acababa de ser objeto: antes bien, vimos con asombro cómo el buen humor que le caracterizaba le mantenía lleno de afabilidad, y con gracejos procuraba alentar á las personas que estaban á su lado. En particular recordamos la gracia y cariño con que dijo á un sacerdote que derramaba desecho llanto, que no llorase, y con palabras joviales trató de consolarlo.

Aun no era llegada la hora para el Ilmo. Sr. Camacho: quizo Dios que se restableciera algún tanto ese mismo día. Y aún restan al ilustre paciente veinticinco terribles días llenos de crueles sufrimientos para él y para sus hijos; pero que permitirán á estos disfrutar todavía de la presencia de su querido Padre.



II.

Se avisa á varios Sres. Arzobispos y Obispos, así como á otras personas, la gravedad del Ilmo. Sr. Camacho.—Sus deudos y amigos vienen á visitarlo.—Nuevos ejemplos de virtud.—A diario se acentúa la enfermedad.—Doloroso fellecimiento.

EL M. I. y V. Cabildo confió su representación al Sr. Provisor Cango. Lic. D. Manuel Reynoso, para que en unión del Ilmo. Sr. Obispo Coadjutor atendiera al venerable enfermo. Desde luego permanecieron ambos Sres. en la casa Episcopal, disponiendo todo lo que exigía la enfermedad del Prelado, para que no faltaran el servicio y atenciones necesarias.

Aquel mismo día, por disposición del Ilmo. y Rmo. Sr. Obpo. Coadjutor, el Sr. Pbro. D. Juan B. Bustos, Capellán del Ilmo. Sr. Camacho, dió aviso del estado de cosas á las personas de la familia del venerable enfermo, y á los Ilmos. y Rmos. Sres. Arzobpos. y Obpos. y demás personas que se honraban con su amistad; y todos manifestaron en sentidos mensajes telegráficos el dolor que les causaba tan infausta noticia. Diariamente se recibían multitud de cartas y telegramas preguntando por la salud del Ilmo. enfermo, á todos los cuales se daba pronta contestación.

La enfermedad presentaba alternativas; mas con todo no cabía dudar que se acercaba el desenlace terrible. Los Sres. Doctores arriba mencionados, á quienes se asociaron después los DD. D. J. Manuel Septién y D. Nicolás León, prodigaban sus atenciones y cuidados; pero á diario aparecían nuevos síntomas y complicaciones que disipaban toda esperanza de alivio.

Entretanto el enfermo daba constantes ejemplos de sus acrisoladas virtudes. A pesar de sus crueles padecimientos, apenas si exhalaba alguna queja; por largos ratos se estaba en silencio, y frecuentemente en una sola postura; á la menor indicación de cualquier persona tomaba los medicamentos, sujetándose incondicionalmente como un niño á todo lo que ordenaban los facultativos; recibía con amabilidad á todos los que deseaban saludarlo, y á veces cambiaba con ellos frases cariñosas, y les refería con su natural gracejo aquellos cuentecitos siempre oportunos que le eran familiares. Cuando se le preguntaba por su salud, era su respuesta ordinaria: *vamos caminando*; ó bien, *estoy como los viejos moribundos*. Al caer la tarde hacía que se rezara en su habitación el Sto. Rosario, y los domingos que trascurrieron hasta su muerte, oía la Misa y comulgaba con mucha edificación.

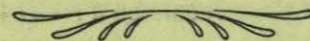
En fin, por no ser prolijo en referir detalles, bástenos decir que el Ilmo. Sr. Camacho dió ejemplos admirables de virtud los días que pasó en aquella cama. La humildad con que á todos suplicaba pidiesen á Dios *no que le prolongara la vida, sino que le perdonase sus pecados*, aquella resignación que sin duda alguna ejercitaba desde mucho tiempo atrás, pues de otro modo difícil habría sido conservarse sereno entre tantos y tan penosos sufrimientos, aquella quietud de espíritu producida por la limpieza de su alma, fueron objeto de admiración y asombro de cuantos le vieron.

Entre las personas que de otras poblaciones vinieron á dar su último adiós al ilustre enfermo, vimos al Ilmo. y Rmo. Sr. Dr. y Mtro. D. Leopoldo Ruiz, Arzobispo de Linares; al Sr. D. Albino García, único deudo más próximo del Ilmo. Sr. Camacho que vino acompañado de uno de sus hijos; al M. R. P. Ramón Prat, Superior de los Religiosos del Corazón de María en la cuasi Provincia de Méjico; á los RR. PP. Benito Ripa y Domingo Carpi, Misioneros de la referida Congregación; al Sr. Cura de Ixtlahuacán del Río (Jalisco) D. Juan N. Gómez Llanos; al Sr. D. Manuel Fernández del Valle, y algunas

otras personas de Guadalajara y de Méjico. También muchos sacerdotes y fieles no sólo de la ciudad episcopal, sino de otros puntos de la Diócesis vinieron, como era natural, á ver por vez postrera á su queridísimo Obispo, y algunos, por ofrecimiento espontáneo, estuvieron turnándose en el cuidado nocturno del enfermo.

Llegó por fin el tremendo día 11 de mayo cuyo ocaso no verían ya los ojos del Ilmo. paciente. Al amanecer, los DD. declararon que la gravedad tocaba su extremo, y que la muerte era inminente. Aquella mañana se reunieron en la cámara del Prelado agonizante, como llevados por instinto, casi todos los Sres. Capitulares y muchos sacerdotes de ambos Cleros. Todas estas personas tomaban parte, rodeadas del lecho, en las preces rituales que recitaba el Ilmo. y Rmo. Sr. Obispo Coadjutor.

Durante dos horas largas se estuvieron rezando las preces para encomendar el alma, y mientras tanto se prodigaron al moribundo todos los consuelos de nuestra fe y de nuestra esperanza: ya se regaba agua bendita, ya se repetían al oído del enfermo piadosas jaculatorias; algunos á intervalos pronunciaban la fórmula de la absolución; otros, presididos por el Sr. Magtral. D. Esteban G. Rebollo, rezaban el Rosario y la Letanía lauretana. Todos contemplaban con mirada de lástima aquella terrible y angustiosa agonía, creyendo cada momento el postrero, y cada respiración el último suspiro... Pero llegó al fin la hora....., y entre las lágrimas y oraciones de sus hijos, dejando su Iglesia, aunque no en lastimosa viudez, sí sumergida en el más amargo duelo, entregó su espíritu al Criador el Ilmo. y Rmo. Sr. Dr. D. Rafael Sabás Camacho, poco después de las 11 de la mañana, á los 81 años 5 meses de edad, y 23 de su consagración episcopal.....



III.

Es embalsamado el cadáver.—Funerales en el oratorio de la Casa Episcopal.—Misa de cuerpo presente.—En el cementerio.

DEBIDAMENTE inyectado por los DD. D. Francisco M. Rivera, D. Alfonso Helguera y D. Benito Gómez el venerable cadáver, y revestido de todos sus ornamentos pontificales de color morado, fué expuesto en el oratorio de la casa Episcopal, que á este fin se enlutó con colgaduras negras. Allí permaneció todo el día 12 y parte del 13, y durante este tiempo le formaron constante guardia los alumnos del Seminario vestidos con su uniforme, y continuamente fué visitado por multitud de personas ansiosas de contemplar por vez postrera el cadáver de su Pastor, y de tributarle el último homenaje de su afecto filial. Varias familias distinguidas enviaron grandes coronas de flores naturales que fueron colocadas en los muros del oratorio.

Los días 12 y 13 se celebraron allí mismo misas rezadas en sufragio del Ilmo. difunto, y por la tarde del 12 comenzaron los solemnes Oficios Funerales con sujeción al Ceremonial de Obispos, y para los cuales fué invitado el pueblo. Estos oficios, que según el rito deben principiarse en la capilla mortuoria para concluirse en la Iglesia Catedral, se verificaron como sigue: á las 5 de la tarde cantaron las Visperas de Difuntos los RR. PP. del Carmen, Sto. Domingo, la Merced, S. Agustín y S. Felipe; á las 7 de la noche, el 1^{er}. Nocturno los RR. PP. Franciscanos; á las 9 tocó al Sr. Vicerrector del Seminario y á los alumnos eclesiásticos del mismo el 2^o Nocturno; y para el 3^o se reunieron á las 11 los Sres. Curas, Vicarios y otros Sacerdotes seculares residentes en la ciudad. Al día

siguiente á las 6 de la mañana, el M. I. y V. Cabildo, los Capellanes de la Catedral, y los Profs. del Seminario cantaron las Laudes. A todas las partes del oficio concurrió el Orfeón, y alternó con el Clero.

Después de Laudes se trasladó el cadáver á la Sta. Iglesia Catedral, donde se celebró la Misa de cuerpo presente. Ofició de Pontifical el Ilmo. y Rmo. Sr. Rivera, asistido por los Sres. Capitulares, habiendo concurrido casi todo el Clero é innumerables fieles.

La Catedral presentaba un aspecto imponente. En el centro se levantaba el catafalco, en cuya parte superior, en medio de muchas luces, se veía la lujosa caja mortuoria forrada de seda morada vistosamente plegada, con agarraderos de plata, y cordones y borlas de seda elegantemente dispuestos.

Esta caja fué la última prueba del cariño que profesaban al Ilmo. Sr. Camacho los Misioneros Hijos del I. Corazón de María, y las Sras. Da. Carmen Martínez Vda. de González Guerra y Da. Bernarda Martínez Vda. de Baranda, de Méjico.

La parte musical fué desempeñada por el Orfeón queretano, que de esta suerte pagó debido tributo de gratitud á su insigne fundador y sostenedor incansable.

Para trasladar los venerables despojos á la Catedral y de aquí al cementerio, se organizó un cortejo fúnebre que resultó magnífico: muchos edificios ostentaban signos de luto; incontable muchedumbre de personas, entre las cuales vimos al Seminario Conciliar, Liceo Católico, otros establecimientos de enseñanza, algunos eclesiásticos y muchas personas de alta sociedad, acompañaban á pie al féretro, que era conducido en hombros de personas distinguidas, y en pos del cual avanzaba lentamente una larga serie de carruajes particulares que ocupaban el Ilmo. y Rmo. Sr. Rivera, los Sres. Arcediano y Canónigos, y varios sacerdotes y particulares. En el cementerio católico de S. Sebastián, en cuya capilla se verificó la inhumación, fué extraordinario el concurso: no parecía sino que todo Querétaro se encon-

traba allí. Cantadas las últimas preces rituales, se depositó en el sepulcro el cadáver venerando y querido, y allí permanecerá hasta que pueda ser trasladado al lugar que le corresponde en la Sta. Iglesia Catedral. He aquí la inscripción que será grabada en la lápida del sepulcro:

ILLMVS · ET · RMVS · DOMINVS
 DR · D · RAPHAEL · SABAS · CAMACHO
 QVERETARENSIS · DIOECESIS
 TERTIVS · EPISCOPVS
 DEVOTIONIS · GVADALVPANAE
 FERVIDVS · EXCITATOR
 CLERI · DISCIPLINAE · SACRORVMQVE · RITVVM
 VIGIL · ZELANTISSIMVS
 MVSICAE · ET · CANTVS · ECCLESIAE
 INDEFESSVS · RESTITVTOR
 DIERV · PLENVS
 IN · MEDIO · SVORVM
 V · ID · MAI · ANNI · DOMINI · MCMVIII
 AETATIS · AVTEM · ANNO · LXXXII
 EXSTINCTVS
 HIC · CARNIS · RESVRRECTIONEM · EXSPECTANS
 DORMIT · IN · PACE ·
 AMEN

J. M. B.

Comunicada oportunamente la triste noticia del fallecimiento del Ilmo. y Rmo. Sr. Camacho al Excmo. Sr. Delegado Apostólico, á los Ilmos. y Rmos. Sres. Arzobispo y Obispos de la Provincia, y á todas aquellas personas que estuviesen ligadas al Ilmo. finado por los vínculos de la sangre ó de la amistad, el Ilmo. y Rmo. Sr. Rivera estuvo recibiendo muchísimos mensajes y cartas de condolencia, á cual más sentidos. Entre aquellos se hizo digno de notarse el que envió el Excmo. Sr. Delegado Apostólico, por las frases laudatorias que consagraba al finado, y las de condolencia para con su dignísimo sucesor y toda la Iglesia de Querétaro.

Sólo hasta esta ocasión, fué cuando pudimos formarnos exacta idea de la estimación en que era tenido el esclarecido Pastor de la Iglesia de Querétaro, en su Diócesis, en los más apartados puntos de la República, y no sólo, sino aun más allá de los mares.

Por su parte, el Ilmo. y Rmo. Sr. Rivera dió las gracias por las manifestaciones de pésame, en unas esquelitas que decían:

«Manuel, Obispo de Querétaro, dá á Ud. las más expresivas gracias por los sentimientos de condolencia que se ha dignado manifestarle con motivo de la sentida muerte del Ilmo. y Rmo. Sr. Dr. D. Rafael S. Camacho, Dignísimo Obispo que fué de esta Diócesis, suplicando á Ud. ruegue á Dios Ntro. Señor por el eterno descanso del virtuoso Prelado (q. e. p. d.).

«Querétaro, mayo de 1908.»

